

CRÓNICA

Naco, Sonora. El último brinco

Eduardo González Velázquez
Tecnológico de Monterrey, Campus Guadalajara

Elena, de 20 años de edad, y sus cuatro compañeros, todos originarios de San Felipe Tejalapa, Oaxaca, salieron el 23 de enero rumbo a Ciudad Juárez con la mirada puesta en Tacoma, Washington. En tres ocasiones intentaron pasar por el pueblo de Palomas, Chihuahua; nunca tuvieron éxito. De ahí partieron a Cananea. En la ciudad minera su suerte parecía cambiar; cruzaron el 4 de febrero por la tarde. Caminaron dos días y medio “por las brechas del desierto y soportando la nevada, sin conseguir algún resguardo”. El martes por la noche fueron aprehendidos por la Patrulla Fronteriza. “Estamos

seguros [de] que el ‘coyote’ nos entregó; solamente nos dio la vuelta al cerro y nos regresó a Naco. Aunque uno no conozca el desierto, se da cuenta.” Mientras estuvieron detenidos no les dieron “ni agua”. El trato con el *pollero* no fue claro. Les cobraría mil dólares por llevarlos hasta Phoenix, Arizona; luego habría un cambio de “guía”, y “no sabíamos cuánto pagaríamos hasta Tacoma”. En su comunidad de origen trabajan en la talla de madera, cosechan maíz de temporal y “completamos para las tortillas como ayudantes de albañil”. Todos tienen secundaria terminada; ninguno comenzó el bachillerato. “Ya

llegamos hasta aquí, ni modo de no dar el último brinco.” Uno de ellos, Anselmo, el de mayor edad y guía del grupo, cruzó en 2002 y llegó hasta Tacoma, donde trabajó cinco años, hasta que, debido a los “usos y costumbres” de su comunidad, regresó al pueblo para fungir como secretario, labor que concluyó el 3 de enero de 2008. “Ahora que estoy libre quiero regresar y no puedo.” Añora su estancia en Tacoma presumiendo su licencia de conducir vencida del estado de Washington. “Sale uno muy contento de la casa y regresa muy triste, sin dinero. No puedo regresar así; voy a buscar trabajo en Guadalajara.” Algunos de los deportados buscan incorporarse al trabajo en Naco, Cananea o Agua Prieta. Las posibilidades de conseguir un empleo son realmente escasas.

Así se suceden las historias de los migrantes que dan el “último brinco” por Naco, una pequeña población de una región elevada a rango de municipio en 1934 y localizada en la parte noreste del estado de Sonora, entre Agua Prieta y Cananea. Su nombre significa “nopal” en lengua ópata. El pueblo fue

fundado en 1900 como consecuencia de la construcción del ferrocarril Naco-Cananea. A poco más de cien años de su nacimiento, el trazo del pueblo lo determinan dos “avenidas”, que corren en doble sentido de sur a norte, y 12 “calles”, algunas de un solo sentido, que corren de este a oeste. Con excepción de las dos “avenidas”, todas las “calles” son de terracería, tal vez para simular las brechas que andarán los migrantes cuando se internen en el desierto de Arizona.

Desde sus orígenes, en Naco convergen los que “llegan”, los que “se van” y los que “se quedan”. La migración, primero, fue para trabajar en el tendido del ferrocarril; más tarde, para intentar “cruzar” a Estados Unidos. La población de Naco asciende a poco más de cinco mil habitantes, que muestran una evidente movilidad. El ascenso de la población se debe a la llegada de migrantes que quieren cruzar hacia Estados Unidos. Cuando el “cruce” se frustra por la acción de la Patrulla Fronteriza o por el engaño de los polleros, los “pollos” (migrantes) se ven en la necesidad de quedarse en esa región para obtener recursos y

cruzar nuevamente o regresar a sus lugares de origen. Los servicios de salud en Naco los conforman dos unidades médicas y dos consultorios, precarios e insuficientes, y solamente el 56 por ciento de la población tiene acceso a ellos.

Los dos pueblos de Naco, el de Sonora y el de Arizona, han tejido una historia en común: primero fueron la construcción del ferrocarril y los avatares de la Revolución Mexicana; después, su historia la marcó el libre tránsito de sus habitantes (“ni papeles necesitábamos”, añora un anciano de la comunidad). Hoy en día ambas poblaciones continúan siendo un solo pueblo, unido y dividido a la vez por la migración y el muro fronterizo. Incluso, los mexicanos utilizan pesos para realizar sus compras en Naco, Arizona. Era una “frontera tranquila, ya no lo es”, recuerda la dueña de la tienda de abarrotes del Naco estadounidense. Ahora a los migrantes “los cruzan por el muro”, “nada más los brincan”. Naco, Arizona, es un pueblo pequeño, tal vez de mil habitantes; cuenta con una oficina de correos, una primaria, una pequeña tienda de comestibles

y un bar: el *Gay 90's*, que tiene su contraparte en Naco, Sonora, en la disco *Galaxy*, que recibe a decenas de norteamericanos los fines de semana.

El Naco sonoreño por momentos parece tener vida propia; cuenta con 80 establecimientos de diversos giros comerciales para consumo de los lugareños y de los estadounidenses: farmacias, estéticas, ópticas, fruterías, carnicerías, escuelas, abarrotes, agencias aduanales, cantinas y licorerías. Algunos de estos servicios no se encuentran en Naco, Arizona, sino hasta Bisbee o Sierra Vista (un gran *mall* en medio del desierto). Por otro lado, una parte importante de su economía se mueve al ritmo de la migración: casas de huéspedes, hoteles, restaurantes, puestos de venta de chamarras y cobijas, etcétera. Podemos decir que Naco tiene una economía mixta, dominada por la “economía de la migración” y el comercio, y complementada por los cultivos de alfalfa, frijol y maíz y la producción de forrajes para la ganadería.

A pesar de que los 600 kilómetros de frontera que comparten Arizona y Sonora podrían

considerarse entre los espacios fronterizos más peligrosos del mundo a raíz de que se estableció la llamada Operación Guardián, que casi selló la zona entre Tijuana y San Diego, los migrantes han optado por buscar entrada por la línea entre Douglas y Nogales. A lo largo de esta línea se encuentran seis ciudades gemelas principales: Nogales-Nogales, Naco-Naco y Douglas-Agua Prieta. En este marco, a partir de los años noventa del siglo pasado la vida de Naco se revolucionó. La nueva ruta preferida por los migrantes y los “coyotes” en su intento de esquivar la férrea política migratoria estadounidense surca el desierto de Arizona. Así, se significan dos corredores migratorios: Hermosillo-Cananea-Naco y Hermosillo-Altar-Sásabe. Entre Naco y Cananea, algunos migrantes son trasladados en taxis (no utilizan las camionetas “vans”, como en Altar), pero un mayor porcentaje utiliza la línea de autobuses “Norte de Sonora”, cuyos operadores no dan boleto de pasaje en el trayecto Cananea-Naco-Cananea; inclusive, la tarifa, aunque está establecida en 35 pesos, se cobra según el cliente. La tarifa de los

taxis por el trayecto de 70 kilómetros entre las dos poblaciones es de 500 pesos.

Los migrantes que se internan por Naco tienen que caminar varias horas bajo un clima extremo para llegar a alguna población del lado norteamericano. La frontera entre Sonora y Arizona se ha convertido en una “línea caliente” debido a los “cuarteles” que han instalado organizaciones racistas que se dedican a la “caza” de indocumentados. En el corredor Naco-Douglas, unas 400 personas son deportadas diariamente por las autoridades del Servicio de Inmigración y Naturalización de Estados Unidos (SIN). Según la Patrulla Fronteriza, el 45 por ciento de las muertes en la frontera México-Estados Unidos ha ocurrido en la línea Arizona-Sonora. La tasa de muertes ha llegado a 4.1 por cada 100 mil detenciones en el sur del sector Tucson, la cifra más alta en la historia de la migración mexicana. Además, mientras que el número de aprehensiones bajó 29 por ciento en 2002, las muertes aumentaron 68 por ciento en los siguientes años. Se estima que casi 40 por ciento de los migrantes que intentan llegar a Estados Unidos lo hacen por el

desierto de Sonora (*La Jornada*, 19 de diciembre de 2007). Hasta el pasado 5 de diciembre se había registrado un total de 437 migrantes mexicanos muertos en el intento por cruzar la frontera hacia Estados Unidos, según datos de la Secretaría de Relaciones Exteriores (SRE).

De cualquier manera, para la mayoría de los migrantes cruzar a Estados Unidos es la última opción para sobrevivir. Casi todos aceptan que ésta es la “última esperanza”, tanto para ellos como para sus familiares, que se quedan esperando. Por Naco, el cruce se hace brincando el muro, una lámina de cuatro metros de alto, acompañada de potentes luces “de estadio”, separadas 40 metros una de otra y encendidas toda la noche. Para incrementar la “seguridad”, el gobierno de Estados Unidos planea aprobar una cerca virtual de 45 kilómetros en el estado de Arizona. La cerca virtual incluiría torres de 30 metros, sin guardias, equipadas con radar, sensores y cámaras, capaces de distinguir a las personas a una distancia de 16 kilómetros y determinar el tamaño de un grupo y si los miembros portan armas o mochilas con drogas

(*La Opinión*, 14 de febrero de 2008). Para brincar el muro, algunos lo hacen “con pura maña”, otros ponen escaleras y otros más intentan cavar un túnel. Luego del “brinco”, los migrantes caminan cuatro horas hasta alcanzar Bisbee, donde los “levantan” en unas camionetas y los llevan hasta Tucson, todo por 1 500 dólares. Una vez en Tucson, cambian de “guía” y de transporte, y el precio del servicio se incrementa según el destino.

Las brechas por las que se mueven son “arroyos” secos con poca vegetación; la ausencia de árboles es total: nada protege a los migrantes del sol. Algunas organizaciones no gubernamentales (ONG) han colocado en esas brechas tambos hasta de cien litros llenos de agua para que los migrantes puedan beber. Una vez que el “grupo” pasa por ellas, ahí se muestran las huellas de su estancia: ropa y cobijas; latas de atún, sardina y frijoles; bolsas de plástico y galones vacíos; inclusive, las bicicletas de algunos migrantes que pensaban realizar el trayecto montados en ellas. Cuando el migrante atraviesa el muro es localizado por los agentes de

la Patrulla Fronteriza, quienes, colocados en las partes más altas del terreno entre Naco, Bisbee y Sierra Vista, utilizan equipos muy sofisticados de localización. La Patrulla Fronteriza cuenta con un centro de detención entre Naco y Bisbee. En muchas ocasiones dejan que los migrantes caminen hasta dos días y luego los detienen; los migrantes no lo saben, pero en todo momento son observados. Del centro de detención los envían a México. El lugar por el que son regresados a nuestro país no siempre es el mismo por el que entraron, ni tampoco mantienen a los grupos unidos. Esta política no es nueva. Desde los años noventa, la Patrulla Fronteriza trata de desanimar a los migrantes separando a los grupos al momento de enviarlos a México; así, una familia que cruza por Naco y es detenida puede ser regresada por Nogales, Ciudad Juárez o Reynosa. Pero no solamente eso, sino que en ocasiones los miembros de la familia son divididos y regresados a lugares diferentes, con lo que los migrantes deben gastar más dinero y tiempo para lograr reunirse nuevamente con sus familiares.

La desesperación por conseguir un empleo lleva a los migrantes al límite. Todo se hace por alcanzar el objetivo. Al momento de su detención, el 5 de febrero, una familia llevaba a cuestas a una niña con síndrome de Down y con aparatos ortopédicos que le impedían caminar; su padre la había cargado toda la tarde y parte de la madrugada, hasta que finalmente fueron detenidos por la Patrulla Fronteriza y retenidos durante ocho horas antes de ser regresados a Naco.

Diariamente llegan a Naco unas 150 personas y por ahí mismo son deportadas 50 más. Algunos de estos últimos intentan internarse nuevamente en Estados Unidos, pero otros aceptan regresar a sus lugares de origen con la ayuda del 50 por ciento en el costo del pasaje que proporciona el consulado mexicano en Douglas, Arizona, a través del Centro de Recursos para Migrantes (CRM).

El ejido de San Pedro, en Naco, parece no tener ni la gente ni los guías suficientes para cruzar a cientos de migrantes. Guillermo, de 23 años de edad, y Jesús, de 24 años, originarios de Parral, Chihuahua, fueron detenidos a las tres de la maña-

na. “Ahora vamos a regresarnos a Parral.” Entraron por San Pedro, a las 15:00 horas, con la idea de llegar a Iowa. “Por donde cruzamos no hay muro, sólo una cerca. Nos cobraron dos mil dólares, ‘porque pasas más rápido’. Formábamos un grupo de ocho personas; tres se ‘pelaron’, el ‘guía’ y dos más. El desierto estaba todo nevado; nunca se fue el frío.”

Algunos rancheros de Arizona ya se dieron por vencidos: “Que pasen, pero que no dañen mi propiedad. Nosotros no podemos detenerlos; no es nuestra responsabilidad. A veces ni siquiera nos damos cuenta de su presencia; son los perros quienes ladran y los delatan”. Otros más se niegan a aceptar el paso de los migrantes y ya se han enrolado al proyecto antimigrante Minuteman. Los *minuteman* son hombres y mujeres, en su mayoría de edad avanzada, anglosajones y jubilados, que se definen a sí mismos como opositores a la “migración ilegal”. Este grupo de “cazamigrantes” anunciaron que han registrado más de mil voluntarios para “patrullar” 50 kilómetros de la frontera entre Naco y Douglas.

Marisela, de 47 años; su esposo Arturo, de 48 años, y Emma, su hermana de 50 años, salieron de Santa Úrsula, Texcoco. “Yo me quedé sin empleo (fui 12 años repartidor de la Coca Cola), y por la edad ya no encuentras trabajo, las empresas te discriminan; pero dicen que en Estados Unidos hay trabajo hasta para los viejitos”, intenta autoconvencerse Arturo. Su historia es como la de miles que “dan el último brinco”. Cruzaron el 29 de enero a las 11:00 horas, caminaron un día y una noche (“el frío casi nos mata en la noche”), y ya trepados en la camioneta que los conducía a Phoenix, Arturo se cayó y el grupo lo abandonó; se quebró el dedo medio de la mano izquierda, y tuvo que caminar hasta la carretera para que lo encontrara la Patrulla; lo detuvieron y lo regresaron por Naco. Su esposa y su cuñada continuaron rumbo a Phoenix, pero cinco minutos antes de llegar a la ciudad los detuvo la Patrulla Fronteriza. En ese momento se dieron cuenta de que no iba su marido. Las agarraron el miércoles a las ocho de la mañana y las soltaron hasta la una de la madrugada del jueves. A las dos las enviaron a Nogales. Arturo no supo de ellas hasta

el martes 5 de febrero. Cada noche el hospedaje en Naco les costó 250 pesos; “hacíamos una comida al día para que nos alcanzara”. El miércoles 6 las dos mujeres lograron llegar a Naco y se encontraron con Arturo. El CRM les dio comida y café. Les ayudó a regresar al Distrito Federal. El costo del boleto fue de 4 400 pesos por los tres; el Consulado Mexicano en Douglas pagó la mitad. Ellos tuvieron que pedir prestados 500 pesos para completar su parte. El cruce les iba a costar 2 300 dólares hasta Atlanta. Cansados y desesperados, se lamentan: “Jamás regresaremos; no te dicen nada de lo que vas a sufrir. La pasada nos dio miedo. Te la cuentan diferente”.

El CRM es una organización binacional. Su origen se encuentra en los partidos de volibol que se efectuaban entre la gente de los dos Naco. En abril de 2007 fue el último juego: “Con el muro, ya no se puede”. El centro fue fundado en Naco el 5 de enero de 2008. Ha recibido hasta la primera semana de febrero a mil migrantes. Se les ayuda con comida, bebida, medicinas, ropa y zapatos; “entregamos muchos calcetines”, dicen los voluntarios.

Esta organización tramita con el Consulado Mexicano en Douglas la ayuda económica para pagar la mitad del pasaje de regreso de los deportados a sus comunidades de origen. La organización también trabaja con voluntarios de Naco, pero la mayoría son de Bisbee. El CRM lleva un registro puntual de los deportados (día, hora y condiciones de la detención, si el detenido fue separado de su familia, en qué estado de salud se encuentra). La labor de la ONG en Naco se ve disminuida ante la dimensión del fenómeno migratorio; es evidente la “sangría humana” que está sufriendo nuestro país. Los migrantes no sólo llegan a Naco: también llegan a Cananea, Agua Prieta y Palomas (Chihuahua). “Nosotros aquí somos un albergue, pero no podemos obligarlos a que se regresen a sus comunidades. Aquí los apoyamos con lo que tenemos. Cada año llegan más y cada vez son más jóvenes. La gente no sabe que del ‘otro lado’ no hay sueño, hay una pesadilla”, dice Sharky, voluntario del CRM. Tanto éste como los demás refugios instalados en las ciudades fronterizas sobreviven con fondos de la sociedad civil y con la ayuda de algunas Iglesias,

por lo que sus presupuestos son raquíticos. Estos refugios constituyen el último escalón camino al desamparo.

Los “coyotes” se mueven por todo el pueblo. Es su territorio. Esperan frente al CRM “como cazando a sus presas”. En ocasiones, los migrantes solamente se cruzan desde la acera de enfrente al CRM por comida, y luego de comer y descansar un poco, intentan nuevamente pasar. Todo el tiempo los “coyotes” tratan de evitar que los migrantes entren en contacto con la organización. Cuando los migrantes deciden regresar a sus lugares de origen, los voluntarios del CRM a veces los acompañan al hotel a recoger sus pertenencias, pues si van solos en la central camionera los “coyotes” los tratan de convencer de que no se regresen y de que los acompañen para intentar cruzar “a donde sí hay trabajo”. (El autor mismo de esta nota fue “convencido” de no dejar el pueblo y de seguir tratando de pasar, “pero por lugares seguros”, para llegar a Tucson. “Ven, yo te llevo con mi primo; él te cruza rápido, seguro y barato”.) Los “coyotes” se acercan en carros y camionetas; algunos más lo hacen a pie. Los autos no se

estacionan, “porque la policía los detiene”. Las relaciones que establecen con los migrantes no son claras; son rápidas, para no dar tiempo a que el migrante piense y decida qué hacer. Si los migrantes se equivocan de “guía”, corren el riesgo de subirse a una camioneta que no es la que los esperaba. El arreglo se hace en el Hotel Monterrey.

“Mi primo me paga 200 pesos por cada migrante que le llevo”, dice un “enganchador” de apenas 15 años de edad. “Mi primo los cruza por el muro y una ‘gringa’ los recibe. Los bañan, les cambian la ropa y los llevan en carro hasta Tucson. Solamente cruzan de uno en uno, para que sea seguro que llegas. Sin ‘coyotes’ o ‘guías’ los ‘pollos’ se pierden, y quién sabe cómo les vaya”. Este negocio parece no distinguir género: varios “polleros” son mujeres. Los “coyotes” se comunican por celulares: “Cuando ya es peligroso, porque la ley nos ha localizado, cambiamos el número y el aparato”. El trato que les dan a los “pollos” es peor que el de esclavos; no pueden preguntar, cuestionar, abandonar el hotel, llamar a otro coyote; el teléfono es solamente para pedir más dinero, “pues lla-

ma a tu casa para que te manden más dinero”. “Pide prestado un *quinientón* a tus compañeros; ni modo que te dejen aquí tirado”; “ya llegaste hasta aquí, ni modo que no pases”. Los mismos migrantes viajan siguiendo y obediendo al migrante que “hace el contacto”; en él depositan su confianza pero no el dinero; el recurso se entrega al coyote una vez terminado el viaje.

La competencia entre las sofisticadas redes criminales para conseguir clientes ha generado actos de violencia y en algunas ocasiones hasta la muerte. Algunos “juntadores” reciben hasta mil dólares por cada migrante que llevan con el pollero. Ante este panorama, es difícil que no exista un maridaje entre las bandas de polleros y algunas autoridades

“Aquí hay trabajo para todas las ‘mafias’; sólo hay que respetar los terrenos ajenos, porque cada mafia tiene su ‘arroyo’; para utilizarlo, uno debe pedir permiso, y en caso de no conseguirlo, debe dejar ese arroyo. Las autoridades, los ‘afis’, sólo vienen por su cuota.” La afirmación es la de un “especialista” en el “negocio”. Es un pollero originario de Los Mochis, Sinaloa,

quien quedó huérfano de padre y madre desde los 8 años de edad, y “tuve que abrirme camino solo. Trabajé en la sierra, en el Triángulo Dorado, el lugar de la mera mota. También anduve como ‘burrero’, cargando 30 kilos de droga en la espalda. Mi ruta era la de Nogales-Tucson. Ahora cargo órdenes de aprehensión. Vengo de Tucson, con diez migrantes de Acapulco; pasamos ayer (4 de febrero) por Naco, y nos agarraron. Nos mandaron a Nogales y ya estamos de regreso. Vamos a pasar otra vez. Cuantas veces nos agarren, si el migrante así lo quiere, vamos a pasar otra vez. Las pasadas ‘extras’ no tienen ningún cargo: uno corre con esos gastos. La Border me ha quitado varios automóviles; pero los que estamos en este ‘negocio’ lo vemos como ‘gastos de operación’”.

Entre las personas que dijeron haber cruzado la frontera a través de uno de los tres corredores principales de Arizona el año pasado, 53 por ciento contrataron a un coyote. Esa cifra señala un claro aumento en comparación con el 28 por ciento registrado en 2003 y con el 18 por ciento del 2000. Quienes son detenidos por la Patrulla Fronteriza, son retenidos

hasta por 24 horas, sin comida y sin agua; es poco usual que los detengan menos de cinco horas. Desde 1986, la Patrulla Fronteriza ha aprehendido a más de ocho millones de migrantes.

En Naco, un negocio que crece todos los días es el del hospedaje: las casas de huéspedes y los hoteles están en bonanza. Los negocios de los dos rubros cobran entre 200 y 300 diarios por pasar la noche o por sólo unas horas. Están llenos de gente que no puede pasar. Los migrantes no dejan de pagar por su estancia mientras logran el cruce. Los taxistas y los hoteleros conforman una mafia. Los lugares de hospedaje “son una cárcel”, “no te dejan salir”. Son los centros de operación; existen al menos diez. Uno de los más importantes es el Hotel Monterrey. Para el número de habitantes, el número de casetas telefónicas y de teléfonos públicos es enorme. Pocos “hoteles” (pretencioso nombre) ofrecen factura; esta pieza fiscal es muy rara en los servicios para los migrantes. El hacinamiento en los cuartos es total. Algunos de ellos tienen 10 metros cuadrados, sin baño privado; el servicio sanitario es colectivo, y allí la gente quebranta los límites

de lo imaginable, pues llegan a ocuparlo hasta ocho personas al mismo tiempo.

Aunque muchos ya vienen “apalabrados” desde antes, casi siempre es en la central camionera donde se confirman los acuerdos. En ocasiones, los migrantes ni siquiera logran intentar cruzar “pa’l norte” porque son interceptados por los “bajadores”, bandas de tres a cuatro asaltantes armados, algunos encapuchados, que los tienden en el suelo y les quitan casi todo. Casi todos los migrantes viajan en grupos, con frecuencia son del mismo lugar de origen y muchas veces de la misma familia. La mayoría pone atención, pero sigue su camino. En cuanto el “guía” se pone de pie y empieza a caminar, el grupo lo sigue. Todos saben quién es, pero al menos bajo esas circunstancias nadie se atreve a delatarlo. Muy pocos saben, además, que en el desierto hay una gran variedad de víboras, tarántulas y escorpiones ponzoñosos. En el desierto mueren por deshidratación, por agotamiento debido a las altas temperaturas, en accidentes automovilísticos, por hipotermia, paro respiratorio, coma diabético e infarto, y muchos mueren asesinados.

Culturales

A pesar de todo esto, la política migratoria de México y Estados Unidos no acaba de interrogarse a sí misma sobre sus promesas incumplidas. En Naco asistimos a un *zapping* de la migración donde se sobreponen diversas realidades. Los migrantes constituyen un repertorio nutrido de estrechas intertextualidades y agendas compartidas. Las corrientes migratorias modifican constantemente las subjetividades y los imaginarios colectivos de Naco. Es como si la población de la localidad ya hubiese absor-

bido como propios a los cientos de migrantes que cada semana llegan al pueblo. Presenciamos, entonces, una resignificación de lo social y se nos olvida que la frontera es humana, que es un asunto de moral y de justicia.

Esta pesada realidad resalta la mirada profunda de Emma, quien tenía una tienda de abarrotes en Acapulco que traspasó para pagar el “viaje”. Hoy se lamenta: “Sólo vine a gastar mi dinero. Regreso sin nada. No sé dónde voy a trabajar. Tengo cuatro hijos y mi esposo me abandonó”.

Fecha de recepción: 7 de marzo de 2008

Fecha de aceptación: 19 de junio de 2008